

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	14 »
Por seis id.	24 »
Por un año.	40 »

La suscripción empieza en 1.º y 45 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.
 Por seis id.
 Un año id.
 ETRANJERO, tres meses.
 ULTRAMAR, un año.
 Sale los miércoles y sábados los jueves y domingos.



ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

La afición á los cafés va tomando en Madrid proporciones alarmantes.

La vida del hogar empieza á caer en desuso, y la moda nos lleva á sustituirla, no sé si convenientemente, con lo que ha dado en llamarse *vida de café*.

Todo bicho viviente va al café, cada cual según sus ocupaciones,—dando por supuesto que la gente de Madrid tenga ocupaciones.

Así habrán Vds. observado que todo propietario de casa nueva, teniendo en cuenta las necesidades del siglo de las luces, trata de dejar sitio en la planta baja para un café.

¿Y qué otra cosa puede dar luz más oportuna sobre nuestras costumbres, que esa prodigiosa fecundidad de luces de gas que en esta clase de establecimientos constituye el encanto de los parroquianos contumaces?

No parece sino que mis conciudadanos viven á oscuras, según el afán con que buscan el gas de esas lámparas reflejadas por cien espejos á la vez.

Hoy sigue todavía en *creciendo* el lujo, y mañana quizá, no bastando con esto, se recurra á otros medios para atraer al público que desea saborear un cigarro alrededor de una mesa, respirando una atmósfera que se puede cortar con un cuchillo.

Ya han empezado los cafés cantantes, y yo he visto representar comedias, zarzuelas y pedacitos de ópera, con aplauso de estudiantes y mujeres curiosas.

Recuerdo que cuando yo era pollo—quién no ha sido pollo alguna vez en su vida?—llegué á Madrid con los ojos cerrados y el pelo de la dehesa, dispuesto á recibir un petardo del mismo sol.

Unos parientes lejanos que se habían encargado de conducir mis primeros pasos por este valle de lágrimas y de cafés, me llevaron á uno donde conocí á cierta patrona que me alojó en su casa antiparlamentariamente, y que después supe tenía la agradable costumbre de ir á buscar sus huéspedes al sitio de mi desgracia.

¿Y por qué fui yo al café? me pregunté muchas veces. ¡Ah! lo recuerdo bien; mis parientes lejanos me dijeron:

—Tenemos que ir esta noche á casa de D. Fulano, pero antes es preciso que vayamos al café.

¿Todavía no he podido comprender esta precisión!

¡Cielos! ¿Sería porque entonces se tomaba el café en vaso?

Pero no, hoy se toma en taza, y también se va al café... con mayor furor que antes.

En el café almuerzan pocos, comen menos y cenan muchos.

En el café se saben todas las mentiras que uno necesita para dormir tranquilo.

Los españoles, sobre todo, tenemos en el café un magnífico recurso para matar el tiempo, y bajo este punto de vista, nunca será bastante ponderada la invención moderna.

Lo más sensible es que hay gente que va al café á no tomar nada, con la esperanza sin duda de tomar una pulmonía al salir á la calle.

Los cafés tienen su fisonomía especial como Vd., como yo, como todo el mundo.

Hay cafés para los actores que desean contratarse, para las mujeres que buscan contrata, y para los que se pirran por saber noticias políticas.

Hay cafés para los aficionados al ron, al café puro, y á la leche merengada.

Hay cafés para los aficionados al canto, al piano y á la bandurria.

Hay cafés para las pollas, para las cotorronas y las mujeres casadas.

Hay cafés para los artistas, para los toreros, y para los matones.

Seamos justos, lectores. El café tendrá sus inconvenientes, pero en cambio proporciona grandes ventajas al hombre.

¿Pero qué ventajas proporciona á la mujer que tiene la costumbre de pasar tres horas todas las noches en el café?....

Volvamos la hoja.

Luis Rivera.

LA HISTORIA DE LAS YERBAS.

(Imitación del Cuento de las flores.)

PERSONAJES.

UN BOTICARIO.

EL PEREJIL.

LA YERBA BUENA.

EL ROETA.

Decoración de patio con vista al pozo. A un lado un enorme almirez. A otro una manga de riego. El boticario sentado sobre su laureles.

Cuadro primero.

Boticario.

De las yerbas que al nacer heredé de mis abuelos, un jarabe voy á hacer que el aroma de los cielos de seguro va á tener.

Será turbio cual los cielos, sabroso como el querer, puro como el rosicler, dulce como los buñuelos.

Y con él he de volver á los que le beban lelos, porque admiren el poder con que descorro los velos de la ciencia y el saber.

A tus plantas nos hallamos. Siempre tus juguetes fuimos. Tú sabes donde nacimos.

Tú la vida que llevamos. Sí, mas la suerte fatal mi cariño os arrebató; la vejez, conmigo ingrata, me hace á vosotras igual.

Yerbas fuisteis que en el prado dábais aroma y frescura, consuelo en más de una cura, sustancia en más de un guisado.

Hoy vuestro seco ramaje sólo compasión inspira, y hasta la doncella os tira porque la ensuciais el traje.

Quien comió ayer capones come hoy conservas; se van las ilusiones, se van las yerbas.

Perejil.

Aun llevo en mí la fragancia que me envidiaron un día las rosas de Alejandria, los tulipanes de Francia.

Aun en condimento rico me coloca el que lo entiende, sobre las ostras de Ostende, y los peces de Motrico.

Y con amoroso afán me riegan por la mañana,

Yerba buena.

la modista en su ventana, y en su huerto el sacristán.

También yo como mi hermana, lo mismo aquí que en Milan, soy lo que me da la gana.

y tengo más de un sultán que con mi olor se engalana. Yo en mi casa os encontré,

de todas os distinguí, en vosotras estudié, cuanto pude os esprimí,

y hoy porque á viejo llegué tratarme queréis así; mas siempre el mismo seré

pues caballero nací, y por guardaros mi fé, si con vosotras viví

con vosotras moriré. Suerte, no en vano lanzas

penas acerbas, se van las esperanzas

se van las yerbas.

Boticario.

Mi mano cansada y grave ya su profesión no sabe, mas tengo aquí la receta y para hacer un jarabe no hay nadie como un poeta.

Cuadro segundo.

POETA.

Sí, yo jarabes hacía allá cuando Dios quería, cuando el aula abandonando, me encontraban estudiando en una confitería.

Mi mano entonces tenía, por lo delgada y lo hueca, aspecto de tornillo,

de caña seca, mucho de molinillo, y algo de rueca.

Era como el tobillo de polla clueca, como el husillo de asar manteca.

Yo fabriqué jarabes malos y buenos, fuertes y suaves, propios y ajenos,

que mejoraban las notas graves, que á los más roncós dejaban menos, que á unos hacían trinar cual aves,

y á otros les daban voz de serenos. Espléndidas auroras,

noches amenas, fuisteis encantadoras

aun siendo apenas, auras murmuradoras,

voz de sirenas, músicas seductoras,

dulces verbenas, fuentes arrulladoras

de encanto llenas, acacias tembladoras

como azucenas, y lo que en muchas horas

libre de penas, en mi embeleso,

he dicho á esas señoras cuyos pies beso.

Entonces mi mano potente y ligera las yerbas do quiera hallaba y cogía,

las malas con furia lanzaba á la hoguera, las buenas con ansia febril escondía.

Y luego sus tallos marchitos cortaba, su aroma aspiraba, su esencia vertía,

y al hondo mortero caer las miraba
y allí las juntaba, y allí las hervía.

Pasaba,

llegaba,

gozaba,

reía.

Tornaba,

gustaba,

palpaba,

molía.

Hambriento,

sediento,

contento,

feliz.

Cual buitre avariento
que siente un momento
que olor á jumento
le dá en la nariz.

Pasó como todo pasa,
pues todo es fuerza concluya,
la edad del placer sin tasa,
y ahora me vuelvo á mi casa
más flaco que una aleluya.

Jarabes os traigo añejos
con aroma de experiencia,
y saborcillo á consejos,
restos de la antigua ciencia
que otorgó Dios á los viejos.

Recibidlos con amor
y bebedlos sin temor,
que al otro lado del mar
los ha bebido un señor
que tiene buen paladar.

Nada por ellos os pido,
pues nada tampoco os doy,
igual es nuestro partido:
ya el jarabe habeis bebido,
salud, y, ¡basta por hoy!

Boticario. Yerbas á mi acento siervas,
aquella que más se alabe
de su opinion del jarabe...
Peregil. Hable la sopa de yerbas.

(La sopa de yerbas saca la cabeza del puchero y exclama):

Nadie admira como yo
al génio que preparó
un guisado tan sabroso:
el caldo está delicioso...
¡pero las tajadas, no!

M. del Palacio.

EL CUENTO DE LAS FLORES.

Figúrate, oh lector, reunidos en dos varas de terreno á la Virgen, al Niño, á Tobías y á San Jerónimo; para completar el cuadro, agréga un león, un arcángel y un besugo; y si después de calentarte la mollera tres días arreo, no adivinas qué caricatura grotesca puede componer un pintor con tales elementos, vé al Museo del Prado, pregunta por la «Virgen del Pez»,—y quédate extático ante uno de los mayores prodigios realizados por el arte moderno.

Hecho esto, ya puedes escuchar sin peligro á las almas caritativas que te refieran el *Cuento de las Flores* diciéndote que todo su argumento se cifra en ver á la Berrobianco galanteada por un Don Diego de noche, y á Romea loco de amor por una sensitiva,—de resultas de lo cual sale Zorrilla recitando versos en que declara ser amigo del emperador Maximiliano y hace voto de morir cantando como ha vivido.

Mutatis mutandis, así contaba Voltaire el argumento de la *Iliada*,—lo cual le permitía dar al Tasso la preeminencia sobre Homero, mientras llegaba la hora de que algún amigo le diese á él la preeminencia sobre el Tasso.

Libreme Dios de profanar el nombre de Homero y rebajar el mérito de la gran epopeya griega, escribiendo junto á su título el de una fantasía sin importancia, mero pretexto empleado para motivar la presentación de un gran poeta en la escena de sus antiguos triunfos, donde sale á regalar con la magia de su voz el oído de la multitud fascinada; solo he querido recordar, con un ejemplo ilustre, cuán fácil es burlarse de una obra y cuán raro juzgarla sin pasión.

La nueva producción de Zorrilla, lánguida como obra escénica y no muy clara como alegoría poética, ni aun tiene en su abono la riqueza de aquel estilo exuberante que, á pesar de su incorrección, avalora tanto las creaciones del ilustre poeta.—Unas seguidillas bien senti-

das, y galanamente recitadas por la Sra. Dardalla, son quizá el único destello de verdadera poesía que ilumina por un momento la opaca uniformidad del cuadro. Tal es en dos palabras el juicio que á primera vista ha merecido la obra, y no hay motivo para creer que las sucesivas representaciones lo modifiquen. El público la ha recibido con respeto, pero sin entusiasmo, guardando sus aplausos para los versos leídos por el poeta, versos en que, recordando su juventud y refiriendo «lo que dicen que fué», formula sobre sí mismo un juicio tan sincero como exacto, pintando, en imágenes dignas del asunto, lo vago, lo errabundo, lo irregular, lo extravagante... lo sublime de su genio, rebelde á toda regla y empujado siempre por el hálito irresistible de la inspiración.

«¿Qué idea grande, qué pensamiento profundo, qué verdad nueva se oculta bajo la hojarasca de esos versos, sonoros y huecos como el follaje de una selva?»—Tal era la pregunta de los descontentos al terminar el poeta su lectura.

¡Ah! los que lamentan la falta de grandes verdades en los poemas de Zorrilla, pueden referir sus cuitas á los que deploran la carencia de grandes imágenes en los tratados filosóficos de Hegel: unos y otros han nacido para entenderse mutuamente,—que no es poco. ¡Oh dolor! ¿por qué no será Hegel un gran poeta y Zorrilla un gran filósofo, en vez de ser Hegel un gran filósofo y Zorrilla un gran poeta? Así anda el mundo!—Yo por mi parte dejo la solución de este importante problema para cuando se averigüe por qué no producen rosas las higueras ni brevas los rosales.

Mientras llega la hora de corregir estas y otras anomalías que tanto afean la creación, resignémonos á tomar el mundo como Dios lo hizo: si por rara casualidad tropezamos con un Shakespeare, que conmoviendo el corazón ilumine el entendimiento, demos gracias á la suerte por el hallazgo, pero en los casos ordinarios pidamos verdades al filósofo, consejos el moralista, imágenes al poeta, y sano juicio á los demás—con ligeras excepciones.

Federico Balart.

DENTRO DE LA PETACA.

I.

Cierta día compré una petaca de efecto.

Parecía un baul.

El que me la vendió se empeñó en hacerme creer que era de cuero de Rusia, porque olía á algo.

Sin duda le habian untado con algun merjunje capaz de entontecer al más anti-nervioso.

Ello es que mi petaca olía cuando la compré, y aun sigue oliendo, caballeros.

¡Qué petaca tan particular!

Un amigo me dijo:

—Hola, parece que llegaste á tiempo cuando se repartían petacas.

Otro añadía:

—¿Vas de viaje? Como llevas el saco de noche....

Yo estaba muy ufano con mi prenda.

No he empleado jamás cuatro pesetas más á mi gusto.

Una petaca grande y de cuero de Rusia por este precio, ¿no les parece á Vds. una ganga?

Una vez dueño de esta alhaja, solo me faltaba una cosa: cigarros para llenarla.

Tuve muy buen cuidado de evitar que mi petaca debutase con cigarros del estanco.

Recorrí al efecto varias cigarrerías, y todos los cigarros me parecían indignos de tan suntuoso alojamiento.

Por último, compré diez cigarros de todas clases, y cargué el barco.

Cuando me acosté dejé el mueble sobre la mesilla de noche, y me dormí pensando en el *Cuento de las Flores*, de Zorrilla.

Hé aquí lo que llegó á mis oídos:

II.

Un veguero.—Eh, amiguito, échate para allá, que me oprimas el lomo.

Un concha.—¡Pues no es Vd. poco delicado!

Veguero.—Yo soy lo que me da la gana, ¿estamos? Pues no faltaba más sino que un cigarro de poco más ó menos se hombrease conmigo.

El concha.—¿Por qué me trata Vd. de tú? ¿En qué bodega hemos comido juntos? Más valiera que se ocupa-

se Vd. en enderezar ese cuerpo, que parece una torcida.

Un trabuco.—¡Paz, caballeros!

Un imperial.—¡Silencio!

La regalia (á un Londres).—¡Jhon, no seas malévolo ni me dirijas palabras inconvenientes.

El Londres.—Mi amarte, yes, yo tener corazón con sentimiento.

Una opereta (muy sofocada).—Amigos, ¡hay moros en la costa!

Todos.—¿Qué es eso? ¿Hay novedades?

La opereta.—Entre nosotros se ha colado un coracero.

Imperial.—Esto es grave. Sepamos quién es.

Opereta.—En este rincón se ha ocultado lleno de vergüenza.

Imperial.—Que se me presente ese individuo.

El coracero.—Señores, no me hagan Vds. daño, que soy inofensivo.

Imperial.—¿Tú, eres tú, mameuco? A ver, que lo quemen en pipa de barro.

Coracero.—¡Cruel!—Pero si tal haceis, mi venganza se hará sentir bien pronto. Ninguno de vosotros podrá resistir cuatro bocanadas de humo mías.

Imperial.—¿Cómo has tenido la desvergüenza de colarte aquí?

Coracero.—Os lo contaré.

Opereta.—Jhon, estate quieto.

El Londres (á la opereta).—Oh, yo estar por ti tierno...

Opereta.—¡Seducor!

Imperial.—Que callen esos pollos, y habla tú, coracero.

El coracero.—Nací en Valencia y no tengo padres conocidos. Corrí mi infancia en un cajón, atado con otros infelices, destinados como yo á dar fin de una garganta. Llegué al estanco de la calle del Príncipe, y aquí empecé á dar la castaña. Un parroquiano, que por las trazas parecía un relojero, pidió cigarros escogidos, y me escogieron á mí. Así hice mi entrada en el gran mundo. Después el relojero me regaló a un sastre que le habia hecho un gabán, y este se lo echó al Gordito cuando dió el quiebro con la silla la otra tarde en la plaza de Toros. El Gordito me entregó á un aficionado que escribe revistas taurinas, y ya me tenia este en la mano para quemarme, cuando el dueño de esta petaca se presentó, y queriendo darse tono la enseñó á sus amigos. El revistero de toros cogió la petaca, hizo como que la examinaba, y sin que lo sintiesen las moscas, tomó á un compañero de Vds. y me puso en su lugar. Yo que me vi á salvo de morir quemado, me estuve aquí quietecito sin decir esta boca es mía. Bien sé que no soy digno de tan nobles y elegantes compañeros, pero de almas generosas es amparar al desvalido.

Imperial.—La Providencia te escoge por instrumento de sus misteriosos designios. Tú vas á ser el que castigue la inesperienza de nuestro amo. Ponte á la puerta y asoma la cabeza, para que mañana cuando el amo quiera fumar, seas tú el que él escoja y lleve á los labios: es probable que reviente, pero si sale salvo, vivirá en lo sucesivo mas alerta, y no se dejará mistificar por los amigos.

III.

Al oír esto desperté sobresaltado.

—¡Caracoles! díge ¡vaya un riesgo que he corrido!

Entonces cogí el coracero y lo arrojé por el balcón.

Después volví á quedarme dormido, diciendo:

—Mañana leeré los periódicos para saber quién ha sido el envenenado.

Luis Rivera.

¡HOMBRES, LO QUE SON MUJERES!

¡MUJERES, LO QUE SON HOMBRES!

Desde que el mundo es mundo,
en guerra abierta
están constantemente
varones y hembras;
y sin embargo,
el mundo es un Vergara...
¡ate usted cabos!

(Perico el Ciego.)

SEGUNDA PARTE.

Lo que Ellos dicen de Ellas.

¡Ay del que en mujeres fia!
¡ay de aquel que abre su pecho
á los mentidos halagos
de esos ángeles malévolos

LAS MUJERES DETRAS DE LA CORTINA.



1. La que es delgada se hace gorda.



2. La gorda se hace delgada.



3. La morena se blanquea.



4. La pelona se echa postizo.



UNA VEZ VESTIDAS Y PINTADAS TODAS SON IGUALES.

que amor y placer nos brindan
con sus rostros hechiceros,
para darnos la cicuta
de amarguissimos tormentos!
Quien dijo mujeres, dijo
mentira y dolo y eterno
padecer. ¡Mujeres! Ellas
son la causa de los duelos
que en el mundo nos afligen,
y por ellas un infierno
en el corazon llevamos.
No hay disputa, no hay enredo,
ni algazara, ni delito,
escándalo, chisme ó pleito
donde no se halle metida
alguna mujer por medio.
¡Mujeres! Lindos adornos
con que el Hacedor Supremo
quiso embellecer la tierra
para dar al sexo feo
suegras que por todo gruñan,
y esposas que tengan celos,
y mirñaques, y dijes,
y convulsiones, y nervios,
y antojos, y falderitos,
y ramitos, y mareos,
y un pelon todos los años,
y una cola de tres metros,
y... ¡un demonio que con ellas
cargue! ¡Vaya, si hechiceros
son los tales angelitos!
¡Pues no hay duda que debemos
de semejantes alhajas
enamorados y tiernos
ir en pos, como un rebaño
de mansisimos... carneros!
Y los tipos de relieve
¿quién los sufre? Por ejemplo:
¿Dónde hay paciencia que baste
para sufrir el inmenso
farrago de tonterías
con que una mujer-proyecto
se nos viene, porque ha sido
educada en un colegio
de París?—¿Quién es el guapo
que no se muere de miedo
cuando oye en una tertulia
á un femenino arrapiezo
(que aun no dejó los pernils,
la niñera y el babero)
dar en materia de amores
su parecer, y el asedio
referir en que la tienen
un capitán de lanceros,
un marino, un estudiante
y el tenor del coliseo?
—¿Quién resiste los mohines
y los dengues y los gestos
de una hermosa presumida
que se lleva en el espejo
diez horas, para ensayar
todos cuantos movimientos
ha de hacer en la tertulia,
en la calle y en el templo,
y cómo ha de sonreír
para que sus dientes bellos
luzcan más, y cuál adorno
la sienta mejor, y el juego
de miradas insinuantes,
provocativas, de efecto,
y lánguidas y apagadas
por continuo parpadeo?
—¿Quién sufre de una jamona
el adobo sempiterno
de cintas, moños y lazos,
y bermellon, y cosméticos,
y tizne para las canas,
y untura para el pellejo,
y la pretension ridicula
de ser pollita de enero
y de hallar un barbilindo
que por sus pedazos muerto
la requiebre y la enamore
y la llame su tormento?
—¿Quién aguanta de una vieja
el relato de sus buenos
abrilés, cuando en su busca
¡hasta de Pekín! vinieron
todos los mejores mozos
que habia por aquel tiempo
á rendirla adoracion
y á darla de amor incienso,
y quién al verla pegarse
cuarenta golpes de pecho
por minuto, almorzar santos
y cenar salves y credos,
y entre comida y comida
morder el honor ajeno,
que á tiro de lengua coje?
¡Y estas son mujeres! ¡Y estos
lindos tipos en que abunda
el que llaman bello sexo!
Pero la culpa no es de ellas;
es de nosotros, que, necios,
no escarmentamos jamás,
ni queremos convencernos
de que aquella que parece-

mejor en todos conceptos,
si no cojea de entrambos,
cojea del pié derecho.
El que más por ellas hace
es el que merece menos,
y el que más Damian se muestra
con ellas, es más Cornelio.
Pues, señores, si esto es claro
como la luz de los cielos;
si son verdades de á folio
que ya todos conocemos,
hora es de romper el yugo
á que nos tienen sujetos
con sus mentidos halagos
y sus astutos manejos,
y de repetir en coro
cuando una mujer miremos,
jóven ó vieja, acercarse
á nosotros:—«¡Vade retro!
¡no más Vergara, señora!
¡señora, no más convenio!

Federico de la Vega.

CABOS SUELTOS.

El Espíritu Público niega la exactitud de un retrato
del general Santana que ha publicado *Los Sucesos*.
Efectivamente, el retrato en cuestion es tan verdad
como el retrato que de ciertos sistemas suele hacer *El*
Espíritu Público.

Ya el calor va de estampía
y se abrocha la solapa
la gente al morir el día.
¡ay! dame, paloma mía,
tu corazon... ó una capa.

Dos torrentes han salido de madre: el rio Llobregat
en Cataluña, y el Sr. Zorrilla en el teatro del Príncipe.

Se ha aumentado el coro de mujeres del teatro de los
Bufos, con algunas que sobresalen entre las más lindas.
En *Las Amazonas del Tormes*, el coro está que no
hay más que pedir. El cuerpo de reclutas formado por
las colegialas inspira á más de uno el deseo de volverse
austriaco para caer sobre aquel cuerpo.

Entre las obras nuevas que prepara la empresa del
Príncipe, figura un arreglo de *Otello* hecho por el señor
Retes, y en que la parte del protagonista será desempe-
ñada por Delgado.

Hemos oido decir que el arreglador ha corregido mu-
cho el original, y hecho un *Otello* enteramente distinto
del de Shakespeare. Lo que estrañamos es cómo no ha
modificado el título, y le ha llamado siquiera *Otelo*, ó *el*
moro de los dátiles.

Tenemos tristes noticias del papel que vamos á repre-
sentar en la próxima Exposicion de París. Verdad es que
nosotros solo podriamos lucirnos si expusiéramos gana-
dos, ó mejor todavía, *perdidos*.

Filosofía.

(De unas cuartillas rotas.)

Nace el hombre, y apenas adivina
con inocente afán
el mundo de ilusiones en que vive.
exclama absorto: ¡Ah!

Crece en razon y en ilusiones crece
anhelando el placer,
y apenas la primera se marchita
dice atónito: ¡Eh?

Sigue en desgracia su ilusion constante,
y harto ya de sufrir
uno tras otro desengaño fiero,
dice llorando: ¡hil....

Marchito el corazon, sin esperanza,
sin ninguna ilusion,
quiere pensar, y si en la dicha piensa,
clama escéptico: ¡Oh!

Y decrepito anciano á quien aguarda
tan solo un ataud,
al hablarle de amor y de ilusiones
grita espantado: ¡Uf!

Gerardo Blanco.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior.—*Bigote*.

GEROGLÍFICO.

HAY



QUE

O R

O R!!!

(La solucion en el número próximo.)

ALMANAQUE CÓMICO DE GIL BLAS
PARA 1867

Un volumen de 64 páginas con chistosisimas caricatu-
ras por Ortego y Rico. Se vende en la Administracion
del periódico y en las principales librerías, á 4 rs. en
Madrid y 5 en provincias.

INDICE

de las materias que contiene, con el nombre de sus
autores y el delito que han cometido.

Juicio del año, por Rivera.
Las cuatro estaciones, por Lustanó.
Traduccion del aleman, por Blasco.
Los amigos, por Rivera.
La herencia del tio, por Blasco.
Dolora..... de barriga, por Lustanó.
Las iniciales, por Palacio.
Infortunio, por Blasco.
Epigrama, por un Cojo.
En el teatro, por Robert.
Balada, por Balart.
La máscara y yo, por Rivera.
Reflexiones de un infeliz, por R.
La cortina, por Balart.
Duelo singular, por X.
Máximas, por Palacio.
Tragedia casera, por Blasco.
Música, por Balart.
Esclavitud, por Rivera.
El poema de la rosa, por el mismo sugeto.
La primavera, por Balart.
Al eminente artista Fortuñ, por Palacio.
Comamos, por Blasco.
Cantares, por Carlos Cano.
De toda un poco, por.....
Un día de prueba, por Blasco.
Calendario cómico del amor, por Rivera.
Epitafios, por Ramon Carrion.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.